



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

**MUJERES FUERA DE LA NORMA: LAS
PROSTITUTAS EN LA ATENAS CLÁSICA**

Mireya Hinojal Casero

Henar Gallego Franco

Curso: 2017-2018

ÍNDICE:

1. Introducción.....	4
1.1. Objetivos.....	4
1.2. Metodología.....	4
1.3. Fuentes.....	5
1.3.1. Nuevas lecturas: la Historia de las mujeres y de la Historia de género.	5
1.3.2. Las fuentes para el estudio de la mujer y el género en la antigüedad griega.	7
2. Las ciudadanas: situación legal y matrimonio.....	8
3. Sexualidad femenina.....	11
4. La concepción griega del amor y su asociación a la belleza y a las <i>heteras</i>	13
5. Las prostitutas.....	17
5.1. Categorías dentro de la prostitución.....	17
5.2. Dos líneas de interpretación entorno a las heteras.....	21
5.3. El binomio symposium-hetera.....	22
5.4. Lugares para el negocio.....	23
5.5. Condiciones de vida de las prostitutas: algunas libertades pero muchos inconvenientes.....	25
5.6. Mujer y cortesana desde los ojos de los hombres griegos.....	27
6. Conclusiones.....	31
7. Bibliografía.....	35
8. Apéndice gráfico.....	37

MUJERES FUERA DE LA NORMA: LAS PROSTITUTAS EN LA ATENAS CLÁSICA

RESUMEN:

Con el paso de los siglos diferentes historiadores fueron construyendo, a partir de la interpretación de la literatura clásica, un ideal alrededor de las *heteras*, prostitutas refinadas de la Grecia clásica, que las presentaba como mujeres cultas, con una gran influencia social y un éxito extraordinario. Sin embargo, las fuentes y la historiografía más reciente revelan que la materialización de tal ideal en la realidad fue algo excepcional y que por lo general las *heteras* debían utilizar todo su ingenio para salir adelante y vivir de una manera lo más digna posible. Otras prostitutas más vulgares eran explotadas en los prostíbulos o sobrevivían vendiendo su cuerpo por míseras cantidades de dinero.

Palabras clave: Mujeres, Grecia clásica, Atenas, prostitución, *pornai*, *hetera*.

WOMEN OUT OF THE NORM: THE PROSTITUTES IN THE CLASSICAL ATHENS

SUMMARY:

Over the centuries, different historians have built, from the interpretation of classical literature, an ideal image about the *heteras*, refined prostitutes of classical Greece, presenting them as educated women, with great social influence and extraordinary success. However, the sources and the most recent historiography reveals that the materialization of such an ideal was something exceptional and that in general the *heteras* had to use all their ingenuity to get ahead and live in a most dignified way possible. More vulgar prostitutes were exploited in brothels or survived by selling their bodies for miserably small amounts of money.

Keywords: Women, Classical Greece, Athens, prostitution, *pornai*, *hetera*.

1. Introducción

1.1. Objetivos

La prostitución en la Grecia clásica, especialmente la llevada a cabo por las célebres *heteras*, en ocasiones se ha visto por algunos especialistas como una opción de vida más libre para la mujer frente a la fuerte dominación que ejercían los hombres sobre las mujeres en la antigüedad clásica, época en la cual la mujer era considerada como una eterna menor y un ser inferior al sexo masculino. Diferentes historiadores hablan de la independencia económica de las *heteras* y las describen como dueñas de su propio destino. El presente estudio se acerca a la vida de estas prostitutas, y a la prostitución en general, como fenómeno social, en la época clásica, que comprende el siglo V a.C. y se extiende hasta inicios del siglo IV a. C., cuando muere Alejandro Magno (323 a. C.). Por otra parte, me he centrado en Atenas porque la casi totalidad de la información de la que disponemos sobre la sociedad, costumbres y vida cotidiana de las *poleis* griegas antiguas se refiere a dicha ciudad. La finalidad de todo ello ha sido descubrir si estas mujeres disfrutaban de unas libertades negadas al resto de sus conciudadanas o si por el contrario estaban igual de sometidas a los hombres. Asimismo, me interesaba estudiar la vida y las condiciones de los modelos normativos y no normativos de las mujeres de Atenas, comparándoles entre sí, para definir los aspectos en los que se centraba la aportación de cada uno de ellos al funcionamiento de la sociedad de la época desde un punto de vista de género.

1.2. Metodología

Para la elaboración del trabajo realicé una primera aproximación a la vida de las mujeres en la antigua Grecia, a través de una primera lectura orientativa, con la intención de conocer bien cuál era su papel dentro de aquella sociedad. Después de esto confeccioné un esquema con los puntos que me parecían más significativos acerca de estas mujeres en relación a mi tema de estudio.

El paso posterior fue comparar esta información con la de las prostitutas. Sin embargo, a excepción del libro de Pierre Dufour (*La prostitución en la Antigüedad: en las primeras civilizaciones, en Babilonia, en Fenicia, en el Antiguo Egipto, en el Antiguo Testamento y en la Grecia Clásica*), dedicado en exclusivo a la prostitución del mundo antiguo en diferentes civilizaciones, el resto tan solo dedicaba algunas páginas o algún capítulo a las mujeres

protagonistas de este trabajo. Por tanto, traté de aproximarme a ellas a través de todo aquello que las rodeaba, un mundo que englobaba desde la sexualidad, pasando por el amor y la belleza, hasta sus áreas de movimiento, como pudieran ser sus hogares o sus lugares de trabajo, como los prostíbulos o el *symposium*. Toda la información estaba muy dispersa entre las diferentes monografías y artículos, por lo que el objetivo siguiente era estructurar los temas acerca de los cuales quería hablar, siempre que sirvieran para explicar las condiciones de las prostitutas en oposición a las de la mujer ciudadana ateniense de familia respetable.

Además de los estudios contemporáneos y actuales, también me aproximé al mundo de las prostitutas y de las esposas a través de algunos textos de los antiguos autores, siempre teniendo en cuenta sus dificultades. Algunos de ellos, como Alcifrón o Luciano escriben acerca de las famosas cortesanas clásicas siglos después de su existencia, y las utilizan como personajes de su creación literaria. Aristófanes en *Lisístrata*, aunque es un autor del periodo clásico, se sirve de las esposas para crear en el año 411 su comedia a favor de la paz, en un momento en el que Atenas se encontraba sumida en la Guerra del Peloponeso (431-404), que enfrentó a Esparta y Atenas y a sus respectivos aliados.

1.3. Fuentes

1.3.1. Nuevas lecturas: la Historia de las mujeres y de la Historia de género.

Los estudios historiográficos sufrieron una crisis extraordinaria a finales del siglo XX, ligada a los problemas que surgieron en la Escuela de los Annales y las teorías marxistas, aunque fue la nueva escuela social emanada de los Annales la que propició el estudio de las mujeres como sujetos de la Historia. Se buscó entonces solucionar las deficiencias y dar respuesta a los nuevos interrogantes acerca de la historia y su sentido. Las nuevas propuestas del *estructuralismo*, facilitaron nuevas vías en el análisis del pasado y la forma de escribir la historia. Otros movimientos críticos con la forma tradicional de hacer historia que tratan de enfrentarse al pasado buscando nuevas propuestas metodológicas han sido el *postmodernismo*,

el giro lingüístico, el *new criticism*, la *historia narrativa*, la *historia del cuerpo*, la *zoohistoria*, la *nueva historia cultural*, la *microhistoria* o la *historia oral* (Val, 2004: 11-17)¹.

En este ambiente historiográfico del último cuarto del s. XX se encuadra el nacimiento de la historia de la mujer, vinculada a la “New Social History” y a la “historia desde abajo” que triunfó en el espacio anglosajón en las décadas de 1960 y 1970 (Del Val, 2004: 26; Hernández Sandoica, 2004: 32). Al calor de la Segunda Ola del feminismo la historia de la mujer recibe un estímulo imparable, en un ambiente convulso generalizado: muchos norteamericanos luchaban por conseguir derechos civiles y paz; en otros países oprimidos por dictaduras, como España, Portugal y Grecia se perseguía alcanzar la libertad; en Francia estudiantes y obreros protestaban; y en el este de Europa tenía lugar la Primavera de Praga (Ramos Palomo, 2015: 212). Su principal objetivo fue el de rescatar a la mujer del olvido al que había sido sometida por la historia, que no había sido capaz de dar la importancia merecida a un sector de la población tan importante por su amplitud numérica, así como por su papel en todas las sociedades a lo largo del tiempo. Así mismo, se origina inspirada por las corrientes feministas del siglo XIX, delatando a su vez los cambios sociales, políticos, económicos o de pensamiento, que estaban produciéndose en aquel momento. En la década de 1980 se introduciría el análisis de género, logrando en poco tiempo un puesto predominante dentro de la historiografía occidental. Uno de sus grandes méritos es el nuevo enfoque acerca de la “relación de los actores sociales con el poder” (Hernández Sandoica, 2004: 29-30).

De manera que, hasta aquel momento, la mujer había sido para los historiadores un tema secundario y marginal en los estudios del mundo clásico, lo cual se puede observar en su limitado interés en el análisis acerca de la casa y las actividades económicas vinculadas a esta. Pero a partir de la segunda ola del feminismo, dentro de los estudios acerca de las mujeres, también los relacionados con las griegas y romanas de la antigüedad, comienzan a desarrollarse, añadiendo nuevos enfoques y formas de estudio en la investigación. En España, sobresalen, entre otros, los trabajos de Ana Iriarte, con estudios acerca de las mujeres en la mitología y la literatura griegas, María Dolores Mirón, con artículos sobre la historia social de las mujeres en las ciudades, y Susana Reborada, referente para las mujeres y la maternidad en la Grecia antigua (Picazo, 2008: 17-19).

¹ En adelante se utilizará el sistema de citas de la revista científica *BSAA arqueología* de la Universidad de Valladolid, publicada por las áreas de Prehistoria y Arqueología de dicha universidad.

1.3.2. Las fuentes para el estudio de la mujer y el género en la antigüedad griega.

La problemática de las fuentes es un condimento amargo a la hora de estudiar a las mujeres que habitaron la antigua Grecia. Escasos son los textos que hemos heredado escritos por las propias mujeres. Destacaría dentro de esta exclusividad la obra conservada de la poetisa Safo, que nació y vivió en Lesbos durante la época arcaica, cuya importancia para el análisis del pensamiento de la mujer en la literatura griega es evidente. En cuanto a las fuentes producidas por los hombres, nos llegan noticias esencialmente de aquellas mujeres singulares que por alguna razón destacaron en la sociedad griega o llamaron la atención del escritor de turno. La vida de la gente corriente no tenía ningún interés para la historiografía antigua y menos la de las mujeres comunes.

Este silenciamiento de la voz femenina guarda relación con aquel pensamiento de la cultura griega que consideraba una virtud de la mujer ciudadana respetable la discreción: no hablar, ni dar de que hablar nada. Mientras los hombres ocupaban la dimensión pública, las mujeres debían ocupar el espacio de sus hogares. Las ciudadanas de la Atenas clásica no participaban de las decisiones políticas, ni en los consejos, ni en las asambleas. Así mismo estaban excluidas de los cargos públicos, salvo algunos puestos sacerdotales. Su palabra por tanto era inferior y estaba subordinada a la del hombre ciudadano. Para escribir acerca de la historia de estas mujeres debemos comprender cuál era el engranaje que sostenía la supremacía masculina en la antigüedad clásica y con ello entender la construcción de la diferencia sexual que observamos en las fuentes y en las representaciones. (Picazo, 2008: 11 y 12).

Sin embargo, en los estudios clásicos tradicionales lo frecuente era seguir el modelo positivista, opuesto al debate teórico y a la interpretación y esquivando cuestiones “como el poder, la raza y el género, las clases sociales, o la relación entre el autor y su audiencia”. Esto cambia con los trabajos del último cuarto del s. XX, como el de Sarah Pomeroy, *Diosas, rameras, esposas y esclavas*, publicado en 1975. Hasta ese momento las publicaciones acerca de las mujeres tan solo explicaban los pormenores de la vida corriente. Esta autora no habló, como se había venido haciendo, de la mujer en términos genéricos, sino que diferenció entre las distintas categorías y clases sociales. De manera que, por un lado, nos encontramos con una limitada información proveniente directamente de las voces femeninas, y, por otro, con las pocas referencias directas que sobre las mujeres nos han transmitido los autores clásicos que,

por añadidura, presentan su propia interpretación. Es, por tanto, necesario acudir a otras fuentes, como las representaciones femeninas, los textos de las inscripciones, e incluso tratados ginecológicos y a los restos materiales (Picazo, 2008: 25).

2. Las ciudadanas: situación legal y matrimonio

En la sociedad de la Atenas clásica hay ciudadanos de ambos sexos, extranjeros o metecos, asentados en la ciudad principalmente por la actividad económica, y esclavos. Esta triple clasificación de situaciones jurídicas personales afecta igualmente a las mujeres. Hay ciudadanas atenienses, metecas y esclavas, y mujeres de estas tres categorías concurren en el ejercicio de la prostitución, como veremos en este trabajo.

Solón², reglamentó prácticamente todo en la vida de las mujeres ciudadanas, entre otras cosas instituyó normas en sus salidas, duelos, fiestas, ajuares, ropajes, comida y bebida. Incluso estableció una diferenciación entre la mujer digna y la impúdica, y una institución de funcionarios, llamados *gunaikonómoi*, que custodiaban y vigilaban su comportamiento. Esta legislación mantuvo su peso en las costumbres y forma de vida de las mujeres en la época clásica. Para Pomeroy, Solón, intentaba, entre otras cuestiones, desmotivar las disputas que se generaban entre los hombres a causa de las mujeres, despojándolas de cualquier influjo y marginándolas en su gineceo, la zona de la casa reservada para ellas. (Pomeroy, 1987: 72-73).

Durante el periodo clásico se conservaban fuertes ideales acerca de lo que debía de ser el proceder adecuado tanto para ciudadanos como para ciudadanas. Aunque las pautas variaban también en función de la situación jurídica personal y la clase social y económica a la que pertenecía cada individuo: si eras un ciudadano, meteco o esclavo. Todo ciudadano, ya fuera hombre o mujer tenía unas obligaciones respecto al estado y a la familia. El papel primordial de la mujer ciudadana ateniense era la procreación de ciudadanos legítimos, por lo que sus mayores metas debían ser el matrimonio y la maternidad (Pomeroy, 1987: 76-78). De hecho el insulto más grave que uno podía recibir era el de *pórne*, es decir puta, si eras mujer, pues esta

² Solón (c. 639- c. 559 a. C), fue un estadista y poeta ateniense. Elegido arconte principal en el año 594-593 a. C. y siendo ya un anciano y respetado político, el Areópago le encargó reformar la Constitución. Hizo importantes mejoras para los campesinos, liberando a muchos de ellos de la esclavitud y los cambios en la Constitución quitaron privilegios a la aristocracia y dieron un poder igual a esta a comerciantes y artesanos. (Hazel, 2002: 300-302).

es la que no puede dotar al estado de hijos legales y *kínaidos*, maricón, si eras un hombre, pues este no los fecundaba (Rodríguez Adrados, 1995: 70-71). Cabe decir, como veremos más adelante, que para los griegos antiguos un afeminado (maricón) era despreciado, mientras que una relación homoerótica, entre un efebo y un hombre maduro era socialmente aceptada.

En la Atenas clásica las ciudadanas estaban excluidas de la herencia familiar, ya que heredaban solo los hijos varones. No eran personas jurídicamente independientes, pues pasaban de la tutela legal del padre a la del marido, y estaba prevista por el poder político una tutela legal cuando no existía ni el padre ni el marido (para huérfanas y viudas). Cuando un ciudadano no tenía sucesor varón, pero sí una hija, a esta se le llamaba *epikleros* y era la transmisora del patrimonio familiar que, cuando contraía matrimonio, pasaba a su marido, y de este a sus hijos. Es decir, la mujer no poseía nunca la propiedad, pero podía trasmitirla en el caso especial del *epiklerato*. Si moría su padre, debía casarse con el pariente más cercano de este, para que los bienes quedaran dentro del núcleo familiar. No importaba la diferencia de edad, mientras la pareja pudiera tener prole. Otras veces, podía pasar que la *epikleros* se casara con un hombre que no fuese familiar del padre antes de que este muriera, entonces la herencia pasaba a sus hijos si los tenía (Pomeroy, 1987: 77).

En el caso de una mujer pobre que no heredase del padre nada o solo deudas, la ley obligaba al familiar más cercano del padre a casarse con ella o al menos a dotarla de una dote suficiente como para poder casarse. La dote era muy importante y debía mantenerse íntegra durante toda la vida de la mujer. Pasaba del padre al marido y este podía utilizarla, pero debía sustentar a su esposa con los beneficios. En caso de divorcio el marido tenía que devolvérsela a los tutores de ella, por lo que se trataba de un sistema que protegía a la mujer y su manutención. La legislación atendía de esta forma a las mujeres pobres e incluso a las que no eran demasiado agraciadas. Si el padre no era capaz de proporcionar una dote conveniente, esta provendría de algún pariente cercano con más medios. Además, en algunos momentos el estado ateniense proveyó de dote a las hijas de hombres que le habían servido (Pomeroy, 1987: 78-79). Por lo tanto, el estado amparaba a las mujeres a través de la institución del matrimonio y solo los hijos de las ciudadanas casadas podían heredar y eran legítimos. En cualquier caso, el matrimonio era su única posibilidad si querían desarrollar una vida dentro de la norma social (Rodríguez Adrados, 1995: 71)

La mujer ciudadana siempre era custodiada legalmente por un varón, primero el padre o pariente más cercano, después el marido y posteriormente sus hijos, ya que no era raro que las viudas fueran tuteladas por su varón primogénito. Una vez casada su padre mantenía el poder de decidir si deshacer el matrimonio. Ni que decir cabe que estos contratos matrimoniales eran dispuestos por los hombres en base a sus intereses económicos o políticos, la mujer no tenía ninguna potestad acerca de su futura unión. El nacimiento de un hijo, principalmente si era varón, significaba cumplir con la finalidad máxima del matrimonio (Pomeroy, 1987: 78-80).

Los hijos eran propiedad del padre, puesto que eran procreados para continuar el *oikos* de este. En consecuencia, en caso de divorcio o viudedad, los hijos se quedaban en casa del padre y la mujer era libre para volver a casarse y dar hijos a un nuevo esposo. Asimismo, y considerando que la unión ideal era la establecida entre una joven de unos catorce años y un novio cerca de los treinta, y teniendo este último una esperanza de vida de alrededor de los cuarenta, en caso de morirse, la mujer podía volver a casarse y tener más hijos en su nuevo matrimonio (Pomeroy, 1987: 81-82).

Por lo que corresponde a la avanzada edad de los hombres para contraer nupcias, se valora que pudiera ser por el desempeño del servicio militar durante diez años, pero quizás también tuviera que ver con la baja proporción de la población femenina. El marido podía arreglar un nuevo matrimonio a su esposa antes de morir o en caso de querer divorciarse. El divorcio no se juzgaba como una deshonra, el marido solo tenía que mandar a su mujer fuera de su casa, mientras que la esposa precisaba de la intercesión del padre u otro ciudadano para trasladar el asunto frente al arconte o magistrado y aportar pruebas que avalaran la solicitud de divorcio (Pomeroy, 1987: 81-82).

A partir de las leyes de Pericles (451-50 a. C) para que un hijo fuera considerado ciudadano la mujer no podía ser extranjera. Pericles intentaba limitar el número de ciudadanos, que había crecido exponencialmente y ponía en aprietos la sostenibilidad económica del sistema político ateniense. No obstante, con el paso del tiempo esta ley fue languideciendo a causa de la Guerra del Peloponeso (431-404) y las muchas muertes que provocó. Esto dio lugar a que el número de mujeres fuera mucho mayor al de hombres, hasta el punto de que la bigamia, no admitida por lo general en Atenas, fue permitida de forma temporal como solución a la falta de población, y algunos hombres tuvieron hijos con varias mujeres legalmente. Es este el caso de

Sócrates, que tuvo hijos con dos esposas, ambas ciudadanas. Por el mismo motivo, las leyes se relajan y las mujeres metecas volvieron a tener hijos considerados ciudadanos, volviendo a la situación anterior al 451 a. C. Más tarde estas leyes restrictivas respecto a la ciudadanía volverían a ser restablecidas, en el 403 a. C., pero entonces se siguió considerando como legítimos a muchos hijos nacidos de un ciudadano ateniense y una mujer extranjera (Pomeroy, 1987: 83-84).

3. Sexualidad femenina

De la misma forma que otras costumbres, Solón reguló las prácticas sexuales de los ciudadanos atenienses. Esta legislación, como veremos a continuación, no se conformaba con expresar aquellos comportamientos considerados inadecuados, también decretaba cuáles eran las prácticas convenientes a seguir en la vida sexual de los individuos.

En lo que se refiere al adulterio, teniendo en cuenta que la finalidad del matrimonio era la de proveer de hijos legítimos al Estado, este suponía un fuerte castigo para la mujer ciudadana casada, pues suponía la posibilidad de introducir en el matrimonio y en la familia a un hijo ilegal. Tanto si se producía a causa de una violación, como si el origen se derivaba de la galantería del hombre hacia la mujer, este se consideraba legalmente culpable como parte activa de esta falta, mientras que la mujer era juzgada como la parte pasiva. El marido estaba obligado a divorciarse de una esposa adúltera o que hubiera sido violada, además era repudiada y considerada infame, quedaba excluida de participar en los ritos públicos, se le prohibía llevar joyas y no podría volver a contraer nupcias. El engaño del hombre hacia su mujer no estaba penalizado, pues no contrariaba el significado del matrimonio para concebir ciudadanos, es decir, tenía libertad sexual extramatrimonial. Para este fin los ciudadanos casados podían acudir a las prostitutas o servirse si así lo deseaban de sus esclavas. Solo se castigaba al hombre casado o soltero si el engaño era con una mujer ateniense casada: entonces, el marido tenía derecho de matar al conquistador si así lo deseaba, pudiendo elegir su muerte o admitir una indemnización pecuniaria. La violación era considerada un delito menor a la seducción, pues esta última conllevaba un periodo de tiempo superior compartido con la mujer y acceder a la vivienda del esposo. Así, la principal facultad de la mujer casada, cuya máxima función era la de criar hijos legítimos para el estado, eran la castidad y la obediencia. El adulterio y la adicción a la bebida

eran los peores delitos que podía cometer una ciudadana casada (Pomeroy, 1987: 104, 105 y 108; Rodríguez Adrados, 1995: 70).

Por lo que corresponde a los hábitos convenientes, si un matrimonio no tenía hijos el hombre debía mantener por lo menos relaciones íntimas con su mujer tres veces al mes. La finalidad era estimular la procreación, por lo que el acto sexual dentro del matrimonio era más un deber que una ocasión apasionante. Si ya tenían hijos, lo más probable es que los cónyuges durmieran separados y el marido prefiriera mantener relaciones con alguna esclava, prostituta o con algún amigo de su mismo sexo, de esta forma no exponía a su esposa a un embarazo no deseado o a un posible aborto futuro (Pomeroy, 1987: 105-106). El matrimonio era una institución al servicio de la familia y por lo general no era un espacio para el amor o para el placer, así se afirma en la siguiente frase en el *Discurso contra Neera*: “En efecto, las *heteras* las tenemos por placer, las concubinas por el cuidado cotidiano del cuerpo, y las mujeres para procrear legítimamente y tener un fiel guardián de los bienes de la casa” (Pseudo Demóstenes, *Contra Neera*, 122)

Es oportuno mencionar en este punto que las muertes de mujeres a causa del embarazo eran muy numerosas, y este era uno de los motivos principales de que en épocas normales el porcentaje de féminas fuera menor que el de los hombres, al igual que su edad media de supervivencia. Durante el periodo clásico, la esperanza de vida media calculada por los especialistas era de 45 años para el hombre y de 36,2 años para la mujer. Cuando ya se tenían hijos se intentaban evitar estas muertes, y las prácticas de contracepción eran, entre otras, el sexo anal, recurrir a las prostitutas o esclavas y la inclinación hacia una esposa inactiva sexualmente. También parece que el aborto y el infanticidio, sobre todo de niñas, fueron una práctica extendida, especialmente entre prostitutas (Pomeroy, 1987: 85-86)

Con esta situación, la masturbación femenina debió de ser una recurrente solución a la apetencia sexual de las mujeres durante la antigüedad, como se demuestra en algunas pinturas sobre vasijas³ y en las menciones en los escritos acerca de la utilización de estos artilugios sexuales. El personaje de Lisístrata señalaba: “desde que nos traicionaron los milesios, ni siquiera he visto un aparato de ocho dedos de largo que pudiera servirnos de consolador de cuero” (Aristófanes, *Lisístrata*, I, 110).

³ Ver anexo: Figura 3.

En cuanto a las relaciones lésbicas, se tiene constancia de que las prostitutas realizaron dichas prácticas, teniendo en cuenta las representaciones sobre cerámicas de juguetes sexuales que podían ser utilizados por dos mujeres a la vez. También en *Diálogos de las Cortesanas* de Luciano dos prostitutas hablan de las relaciones lésbicas mantenidas por una de ellas. A continuación, citamos parte de la conversación que mantienen:

Clonarita: Novedades oímos acerca de ti, Leena: que la lesbia Megila, rica ella, te ama, como si fuera un varón y que pasáis ratos justas haciendo no sé qué entre vosotras. ¿De qué se trata? ¿Te has sonrojado? Pero dime si es eso verdad.

Leena: Es verdad, Clonarita; pero siento vergüenza, pues es algo fuera de lo normal. (Luciano, *Diálogos de las cortesanas*, V)

Sin embargo, no existen noticias de su existencia entre las ciudadanas respetables atenienses. Es cierto que el ambiente no sería el más proclive en buena parte de los casos, debido al aislamiento al que muchas de ellas se veían sometidas, no pudiendo relacionarse con otras mujeres que no fuesen parte de su familia o criadas. Sin embargo, que no haya evidencias de prácticas lésbicas fuera aparte de las realizadas por prostitutas, no significa que otras mujeres no las practicasen. La falta de testimonios puede ser causa del simple desinterés de los escritores hacia el sexo que no tuviera que ver con el masculino y sus necesidades (Pomeroy, 1987: 106). Se acepta que la moral sexual general aspiraba a que la mujer ateniense respetable, a través del aislamiento en el hogar, no mantuviese ninguna experiencia sexual más allá del matrimonio. Pese a ello, las mujeres no estuvieron siempre recluidas y sabemos que se relacionaron entre ellas a través de celebraciones y fiestas religiosas como las Adonías, organizadas y compuestas solo por mujeres (Picazo, 2008: 135). Además, las mujeres más humildes no podían permitirse esta reclusión, tenían que salir a las calles a trabajar como vendedoras, u otros oficios no especializados y escasamente remunerados, o las que no disponían de criadas para enviarlas a lavar la ropa o a por agua a la fuente, entre otras necesidades. Por ello las recluidas serían solo aquellas que dispusiesen de una comodidad elevada (Pomeroy, 1987: 89).

4. La concepción griega del amor y su asociación a la belleza y a las *heteras*

“El amor es esa divina locura, que decían los griegos, que va derecho a su objetivo”. Tanto dioses como humanos son arrastrados por el amor, aunque ello suponga quebrantar el orden social. Este sería el amor primitivo, el pasional, sobre el que escriben los poetas y el individuo pierde la razón, expresado en griego con el termino *éros* (Rodríguez Adrados, 1995:

20). El *éros* se considera peligroso, especialmente el femenino, ya que puede romper la institución familiar.

Y es que el *éros*, en la literatura griega antigua, es aquel que se presenta súbitamente y no puede ser controlado, es vivido como locura, domina a quien lo padece. Tiene dos orígenes: uno proviene de una esfera divina (Rodríguez Adrados, 1995: 35), siendo provocado por una divinidad erótica, normalmente Afrodita, pero también por otros dioses como Dioniso o Eros. El otro, es intrínseco a quien suscita ese amor y puede nacer de su belleza, gracia (*kháris*) o de su mirada, porque lo bello (*kálos*) “despierta amor”. Las mujeres de las que los escritores griegos y sus personajes masculinos se enamoran son comparadas en belleza a Afrodita o a otras diosas (Rodríguez Adrados, 1995: 44-45). Y en las fuentes griegas la hermosura de las *heteras* es alabada una y otra vez. Se dice que Praxíteles se inspiró en la hetera llamada Friné para hacer algunas de sus esculturas, y también que esta misma salió absuelta de un juicio en contra suyo, porque el tribunal al ver sus pechos la perdonó, pues no podían condenar a alguien de belleza tan similar a la de una diosa (Alcifrón, *Cartas*, IV, 1, 1; Alcifrón, *Cartas*, IV, 4, 4). También la belleza de Lais fue comentada en diferentes escritos. Alcifrón escribe en una de sus cartas: “Todos hablan de ella, sí, por Afrodita, e incluso los mudos entre sí comentan por señas su belleza” y después continúa describiendo la hermosura legendaria de esta mujer (Alcifrón, *Cartas*, IV, Fr. 5, 2-3). También se hablaba en los textos antiguos de la gran belleza de Teodota, quien fue amante de Sócrates: encontramos un ejemplo en las *Memorias* de Jenofonte cuando en el capítulo once el autor la describe diciendo lo siguiente:

En cierta ocasión, había en Atenas una hermosa mujer llamada Teodote, que estaba dispuesta a unirse con cualquiera que le agradara. Uno de los circunstantes mencionó su nombre, declarando que le faltaban las palabras para describir la belleza de la dama, y añadiendo que los artistas la visitaban para pintar su retrato, y que ella mostraba tanto cuanto la decencia le permitía (Jenofonte, *Memorias*, III, 11).

Este amor original no tenía en principio ninguna presencia en el matrimonio, si aparecía posteriormente o no era algo fortuito. El matrimonio era fundamental, para la familia, no para el amor. Recordemos que el matrimonio era un contrato entre dos familias con fines políticos o económicos, por tanto, nada tenían que hacer en este proceso los sentimientos, “eso se dejaba para los efebos y para las prostitutas” (Rodríguez Adrados, 1995: 70-72). En consecuencia, efebos y prostitutas se relacionan con el *éros* de forma preferente a ojos de los sentimientos y la sexualidad masculina, constituyen sus objetos de deseo, y no las esposas legítimas.

El *éros* no iba siempre acompañado de los sentimientos, es decir al concepto de “querer” o de cariño, expresado mediante el verbo *philéo*, podía ser solo pasional o sexual (Rodríguez Adrados, 1995: 20-21). Generalmente se dice que el *éros* es sentido por aquel que se enamora y para definir lo que siente la persona a la que se seduce, es decir de quien despierta amor, se utiliza el verbo *philéo*. Salvando algunas excepciones, en las que ambas partes sienten deseo (*póthos*) o *éros*, se encuentran principalmente relaciones en las que uno es el que se enamora e intenta atraer a la persona amada y la otra persona es quien puede consentir o no ese vínculo amoroso (Rodríguez Adrados, 1995: 28).

El verbo *phileo* o querer se puede utilizar para designar el amor sin pasión o no erótico, para la familia o los amigos. A veces también se utiliza para definir el cariño o afecto que siente al marido hacia su mujer o amante (Rodríguez Adrados, 1995: 29). Por tanto, aunque en principio el matrimonio se establece sin ningún tipo de sentimiento, puede el marido llegar a sentir *éros* (amor) o *philía* (cariño) por su esposa (Rodríguez Adrados, 1995: 30). Entonces cuando el amor-pasión (*eráo*), se une al amor-cariño (*phil-*) es concorde y se introduce en el orden social, deja de ser peligroso (Rodríguez Adrados, 1995: 33). Que el marido puede llegar a sentir *éros* hacia su esposa es algo que aparece en la comedia *Lisístrata* de Aristófanes, los maridos aceptan firmar la paz con sus enemigos porque echan de menos a sus mujeres en el hogar, así como en la cama. Cinesias intenta que su esposa Mirrina vuelva a casa con él y declara: “Y está enfadada conmigo e indignada, y precisamente eso es lo que más me consume de deseo” y más adelante se queja diciendo: “Esta mujer me ha destrozado y me ha machacado...y ahora se larga dejándome con las ganas... ¡Ay! ¿Qué será de mí?, ¿a quién me voy a tirar si me quitan a la más hermosa de todas?” (Aristófanes, *Lisístrata*, IX, 890 y 955)

Por su parte, las caricias e intercambio de cariño compartido con las *heteras* nos llegan a través de diferentes pinturas sobre vasos áticos. Son ejemplo de ello los que se muestran en el anexo en las figuras 1 y 2: En la primera un hombre y una mujer aparecen semidesnudos, la mujer sostiene con una de sus manos un *aulos* y ambos se miran a los ojos, una muestra de cariño que según Picazo se destinaba más a las *heteras* que a la mujer de la casa. Están acostados sobre un diván, lo cual sugiere que se encuentran en el espacio del simposio. En la segunda, los dos jóvenes se besan delante de otras personas y la túnica de una de las mujeres que aparece en la escena es semitransparente, una imagen que reproduciría posiblemente el ambiente de un prostíbulo (Picazo, 2008: 119)

La relación de la literatura griega con el *éros* era ambigua, por una parte, se le enaltece y por otra se le teme, y si el *éros* se encuentra en la belleza, también esta es temida. Los apetitos, hacia la bebida, la comida o el sexo debían aprender a dominarse. El hombre que no controlaba sus pasiones, así como aquel que era penetrado por otro hombre pasivamente, sin ser ya un efebo, era considerado un afeminado, ya que las mujeres no controlan sus pasiones y son penetradas, y por tanto débil e inferior, como ellas. Se consideraba que las mujeres eran incapaces de gobernar sus pasiones y su deseo sexual era incontenible. Esta fama de lascivia de las mujeres se contempla en varias ocasiones en *Lisístrata*. Así la protagonista en un momento que sus compañeras se niegan a seguir su plan de no mantener sexo con sus maridos para parar la guerra, se enfada diciendo: “¡Vaya! ¡Qué requetejodida es toda nuestra especie! Con razón las tragedias se hacen sobre nosotras, porque lo único que nos interesa es follar” (Aristófanes, *Lisístrata*, 1, 135-140). De la misma manera, los hombres amanerados no podían lograr el control sobre sus deseos, por lo que se les juzgaba como más lascivos, asemejándose a las mujeres. El que un hombre mantuviera un idilio con un efebo era algo natural y frecuentemente se mencionan casos de hombres que fueron un *eromenos* (amado) en su momento, es decir, el sujeto pasivo de un *erastes* (amante), de mayor edad. Sin embargo, cuando el muchacho pasaba la adolescencia adoptar el papel de *eromenos* en una relación homoerótica no era socialmente aceptado, pues se le consideraría afeminado por mantener esa postura pasiva, y su sexualidad pasaría a ser observada como pervertida. En cualquier caso, estas relaciones homoeróticas quedarían reducidas esencialmente a un ámbito aristocrático, y las representaciones de las mismas aparecen por lo general en el escenario del gimnasio y del banquete. No pueden entenderse estos vínculos homoeróticos en el referente de la categoría de homosexualidad masculina actual, en primer lugar, porque siempre se trata de una relación desigual, entre un hombre más mayor y un efebo. Esto formaba parte de las costumbres atenienses de las clases aristocráticas y se valoraba como una manifestación del amor más noble. En Esparta y otras ciudades dorias, así como en la Isla de Creta formaba parte de la educación militar y ciudadana y del proceso de maduración de los jóvenes y el adulto amante sería como un mentor del mancebo (Picazo, 2008: 124, 126 y 128).

5. Las prostitutas

5.1. Categorías dentro de la prostitución

Dentro de esta condición de vida existía una jerarquía, en la que se podían diferenciar varias categorías, entre las que se encontraban: *pornai* o *dicteriadas*, *aulétridas* y *heteras*.

Las *pornai* eran prostitutas pobres que trabajaban por lo general en casas de lenocinio, aunque también en las calles o a las puertas de la ciudad. Los burdeles podían pertenecer a un ciudadano, un extranjero e incluso a extranjeras. *Pornai* significa “vendida” por lo que eran esclavas que habían sido compradas y trabajaban para estos proxenetas. Si compraban su libertad, pasaban a ser prostitutas libres en un sentido jurídico (Mossé, 2001: 71).

Fue Solón, a inicios del siglo VI a. C., el primero que erigió un prostíbulo público o *Dicterion*, estableciendo una prostitución legal. En época de este legislador ateniense, la prostitución sagrada era una práctica sin regular que enriquecía a los sacerdotes y a los altares de aquellos templos en los que se llevaba a cabo, Solón, probablemente decidió obtener para el Estado el mismo provecho instituyendo la prostitución legal. A la vez que el estado se procuraba unos beneficios extras, la prostitución legal se consideraba un mal necesario, para, en primer lugar, evitar la violencia y los agravios ejercidos contra el decoro de las muchachas y la dignidad de las ciudadanas casadas, y en segundo lugar, se pretendía servir a los deseos de los jóvenes y alejar a estos de los desórdenes morales. El *dicterion* se consideraba un establecimiento de utilidad pública, en el que se explotaba sexualmente a esclavas que habían sido compradas para tal fin, eran mantenidas por el estado y se las denominaba *dicteriadas* (Dufour, 1999: 75-78; Pomeroy, 1987: 73). Parece ser que entrar en estos burdeles públicos solo suponía un *óbolo*, equivalente a una pequeña fracción del sueldo de un artesano (Picazo, 2008: 132).

Las *aulétridas*⁴ eran contratadas para los festejos y banquetes donde desplegaban alguno de sus ingenios, como cantar, tocar instrumentos, bailar o recitar. Tenían más libertad que las esclavas y acceso a la morada de estos ciudadanos. Sin embargo, su condición la mayor parte de las veces no es muy clara, podían ser esclavas o mujeres libres (Picazo, 2008:134)

Por su parte las *heteras* estaban en la cúspide de esta jerarquía dentro de la prostitución y las más afortunadas podían permitirse elegir entre sus pretendientes, otorgando su tiempo solo

⁴*Auletrida* viene de *auleto*, compuesto por *aulos* (flauta) y *auletes* (flautista)

a quienes ellas considerasen oportuno. El nombre que las designaba era un eufemismo que significa “compañera” o “amiga” (Dufour, 1999: 85-86; Pomeroy, 1987: 107).

Existían diferentes grados dentro de la categoría de las *heteras*, algunas eran contratadas tan solo para entretener en las fiestas y banquetes de hombres acomodados, o para practicar sexo, y otras eran amantes y compañeras de importantes personajes. Muchas tuvieron hijos con estos hombres, pasando a ser sus concubinas (Rodríguez Adrados, 1995: 97-98) en relaciones duraderas, por lo que a algunas de ellas se les reconocía a través de su amante, designándolas por ejemplo “la hetera de Olimpodoro” o “la hetera de Atenogenes”. Las *heteras* no eran ciudadanas y por lo general fueron extranjeras libres y esclavas o ex esclavas. Llegan a la prostitución porque son pobres y no disponen de una dote para establecer un matrimonio legítimo, siendo entrenadas desde pequeñas para complacer a estos hombres acaudalados. Algunas eran instruidas en alguna dote artística para entretener en estos festivales o banquetes, otras tan solo aportaban su belleza y conversación. No se trataba, por tanto, de una educación al nivel de la que podían recibir los hombres, sino que la mayor parte de ellas habían sido aleccionadas en buenos modales y para el desarrollo de alguna habilidad artística. Unas pocas, como Teodota, ligada a Sócrates, llegaron a disfrutar de independencia económica y de una vivienda. El intercambio de dinero y regalos por los favores de una mujer bella como Teodota, era visto como un intercambio “de dones aristocráticos”, entre la cortesana y sus amantes acaudalados veneradores de lo bello, cualidad divina (Picazo, 2008: 133-134).

Diferentes autores han estudiado las diferencias entre las prostitutas más vulgares (*pornai*) y las *heteras*. Leslie Kurke atribuye a Herodoto la primera mención del término *heteras*, con el significado de cortesanas y busca en las fuentes arcaicas las diferencias entre *heteras* y *pornai*, descubriendo algunos elementos afines a ambas categorías: las dos pueden ser, libres o esclavas, servir a un proxeneta o trabajar para sí mismas. Esta autora también estudia las diferencias entre *pornai* y *heteras* a través de los textos más tardíos, de los periodos helenístico y romano: la *hetera* era mantenida por uno o dos señores, a quien acompañaba a los simposios y satisfacía a nivel sexual, mientras que las *pornai* servían a un grupo más numeroso de hombres, clientes anónimos en los burdeles o en las calles. Por tanto, la *hetera* sería un producto de la dimensión del simposio, donde el estilo de vida lujoso y sofisticado (*habrosýne*) era una forma de definir a la elite aristocrática (Brunieri, 2009: 75)

Por otro lado, Kurke estudia que en la poesía arcaica la hetera se relaciona con la esfera privada del simposio, y se presenta de una manera más cuidadosa, sin referirse directamente a su función como prostituta, en cambio las *pornai* se identifican con el espacio público del ágora de una forma negativa. Las prostitutas son públicas y no pertenecen a nadie, ofreciendo sus servicios a todo aquel que pueda pagarlas, con lo que en los textos antiguos se las relaciona con “puertas abiertas”. Las *heteras*, sin embargo, en la poesía arcaica se presentan en un ambiente elitista, dentro del estilo de vida de *habrosýne*, en el que se da una sexualidad más refinada. De manera que la categoría de la hetera es una forma de representar la distinción de los que forman el simposio a través de sus compañías femeninas. Kurke piensa que es tanto en las representaciones textuales como en las imágenes de las cortesanas dentro de ese estilo de vida de *habrosýne* donde nace la categoría de hetera (Brunieri, 2009: 76).

El intento por definir las diferentes clases de mujeres que se encuentran dentro de la esfera de lo público (*heteras*, concubinas, prostitutas, esclavas...) es un cometido al que se han dedicado bastantes autores. Dentro de los *symposia* las mujeres se definen como públicas, pero dentro de esta categoría encontramos otras muchas, como cortesanas, músicas, bailarinas, acróbatas, etcétera. Uno de estos estudiosos ha sido Fábio Cerqueira, quien a partir del análisis arqueológico y de las descripciones representadas en la imaginería, afirma que el banquete es un lugar de preeminencia masculina, donde el hombre es el protagonista y la mujer tiene tan solo una función secundaria. Para él las prostitutas serían tratadas como objetos sexuales al servicio de los hombres. Mientras que las *aulétridas*, aunque también podían actuar como prostitutas, eran mejor pagadas que las *heteras*, no por sus actitudes sexuales, sino por sus talentos musicales, pues estos requerían de unos años de preparación además de invertir dinero para tal aprendizaje. Algunas podían conseguir una gran proyección social debido no tanto a su talento como a los amantes a quienes conquistaban (Brunieri, 2009: 75).

Pero no solo la belleza y destrezas de estas cortesanas empujaban a pasar el tiempo con ellas. Debemos sopesar otros dos factores más. Primeramente, el hecho de que los hombres no solían casarse hasta los treinta años. Hasta entonces, sino era con una criada o con una prostituta, difícilmente podían conseguir mantener relaciones heterosexuales, ya que las doncellas ciudadanas les estaban vedadas. Las mujeres castas debían de llegar vírgenes al matrimonio, y las casadas cómo ya hemos señalado, tenían prohibido el adulterio, corriendo el amante el riesgo de la venganza marital. Por su parte para las concubinas existían los mismos

castigos en caso de adulterio hacia sus parejas, pues estas pasaban a considerarse como propiedad del hombre como si de su esposa se tratase cuando compartían la misma vivienda. La mayor diferencia con una esposa legítima es que sus hijos desde el 451-450 a.C no eran legítimos y no concurrían a la herencia del padre, salvo que éste decidiera beneficiarles. En segundo lugar, la baja proporción de mujeres respecto a los hombres en tiempos normales llevaba también a recurrir a la prostitución (Pomeroy, 1987: 109).

A pesar de que en las fuentes griegas existen formas concretas de distinguir los diferentes tipos de prostitutas, la realidad era más complicada, pues existen casos de prostitutas que llegaron, como hemos visto, a establecer relaciones permanentes con sus clientes, hasta otros en los que un marido pobre vio en la prostitución de su esposa una salida económica (Picazo, 2008:133). Parece que la prostitución de mujeres ciudadanas fue más habitual de lo que se había pensado hasta hace unos años, a pesar de las penas de pérdida de ciudadanía que conllevaban estas actividades. Es interesante a este respecto la *Defensa por el homicidio de Eratóstenes* de Lisias (ca. 440- ca. 380 a. C.), en el que este orador ateniense sostenía que su cliente, Eufileto, mató a Eratóstenes por cometer adulterio con la esposa del primero. Según esta defensa Eratóstenes es un seductor profesional, que supone una amenaza para la ciudad, por poner en cuestión la legitimidad de los hijos de ciudadanas atenienses. Por ello el asesinato cometido por Eufileto estaría justificado y sería legal. Sin embargo, estudios recientes sobre el caso ponen en duda la veracidad de la argumentación de Lisias. Hay indicios que hacen pensar que Eufileto en realidad prostituía a su mujer, como el hecho de que las visitas del acusado a la esposa sucedían desde hacía tiempo en la planta baja de la casa conyugal, en una habitación con acceso al exterior, y que además en una casa pequeña era poco probable que el marido no hubiera descubierto antes lo que estaba pasando repetidamente desde hacía tiempo. Adicionalmente, vecinos atestiguan haber visto a la esposa de Eufileto con la cara pintada por la mañana, hecho mismo que el propio marido reconoce, cuando la práctica de maquillarse era algo que una mujer griega casada no hacía sino era para su marido. Por otra parte, Lisias no recurre a emociones como la furia provocada por los celos, un argumento habitual en estos casos. Se conjetura que las causas del asesinato fueran económicas. Según el propio Eufileto, Eratóstenes antes de ser asesinado quiso llegar a un acuerdo pecuniario para solucionar la situación, cosa que hubiera sido más normal que llegar al asesinato del adúltero. Pero Eufileto tenía motivos para sostener que lo había matado por adulterio: si se demostraba que había prostituido a su mujer, podía perder los derechos de ciudadanía propios, los de sus hijos y los

de su mujer. Además de ser acusado de proxenetismo, lo cual podía conllevar graves penas y la *atimía* (pérdida de ciudadanía). En cualquier caso, los numerosos procesos que existen documentados en las fuentes con la prostitución como actor principal, ponen de manifiesto la extensión de la misma en Atenas. Actualmente se cree que la pobreza llevaba a la prostitución de mujeres ciudadanas, usualmente bajo la supervisión del que fuera su tutor legal (*kýrios*), en este caso el marido. Los precios por una mujer ciudadana casada serían con seguridad más altos que los que se pagaban por una esclava de un prostíbulo, similares a los que se pagaban por una *hetera* extranjera (Cortés Gabaudán, 2017: 27-48).

5.2. Dos líneas de interpretación entorno a las heteras

Desde el siglo XIX, en los estudios dedicados a las prostitutas han existido dos lecturas diferentes sobre las *heteras*. Por un lado, aquellos autores que idealizan a la *hetera* como una mujer libre, educada y culta que puede ser más interesante y atractiva que la propia esposa. Estos autores ponen como ejemplo a heteras que alcanzaron en la época en la que vivieron un gran éxito y popularidad. Para ellos la *hetera* tomaba parte de los problemas de los hombres y en muchos casos ejercía una gran influencia en las decisiones que estos tomaban e incluso en cuestiones de estado.

Otra línea interpretativa se desarrolló a finales del siglo XX, a partir de 1970 con los estudios de influencia feminista. Estos autores cuestionan este mundo idealizado de las *heteras*. Eva Keuls se encuentra en este grupo de autores. Ella describe la sociedad ateniense como una “falocracia” y estudia la dominación masculina sobre estas mujeres. Cuestiona ese mundo idealizado de lujo, así como la participación de las *heteras* en las discusiones políticas masculinas dentro del *symposium*. Recuerda que la mayoría de las prostitutas, incluidas las *heteras*, eran esclavas, sin ningún tipo de derecho o elección sobre sus vidas (Brunieri, 2009: 73-74).

Los ejemplos extraordinarios de *heteras* que alcanzaron una gran gloria descritas en las obras antiguas habrían ayudado en la construcción de arquetipos idealizados de *heteras*. Es decir, la prostituta como mujer idealizada sería una construcción edificada ya por los escritores griegos antiguos, con el fin, según Eva Keuls, de encubrir que sus principales escapes sexuales eran en realidad esclavas desvalorizadas e ignorantes, que estaban a merced de sus dueños y

que lo más probable es que la mayoría de ellas terminaran sus vidas en la miseria (Brunieri, 2009: 74). En otro orden de cosas, también hay que valorar la potencia de la hetera como imagen literaria de un objeto hermoso e idealizado, pretexto de los sentimientos refinados expresados por el autor.

Por su parte Francois Lissarrague estudia a las heteras en el contexto del *symposium* y señala que eran casi como un accesorio del mismo, serían compañeras para el placer, esclavas o músicas, que no se beneficiarían del simposio, tan solo servían para su buen funcionamiento y para satisfacer los placeres y deleites del hombre (Brunieri, 2009: 75).

5.3. El binomio symposium-hetera

El término *symposium* se traduce como una “reunión de bebedores”, es una manera de confraternización masculina. El prefijo *sym* hace referencia al acto colectivo, a la condición de camaradería entre los hombres que lo conformaban. Formaba parte del banquete y tenía lugar en una segunda etapa de este, después de la comida, cuando se servía el vino a los invitados y todos bebían juntos. Es en esta fase en la que se sucedían las exhibiciones musicales, se recitaban poesías y los convidados se relajaban mientras disfrutaban del vino⁵. Es una práctica que se lleva a cabo en la esfera privada de los hombres de una condición social privilegiada, aunque a lo largo del evento la celebración puede dilatarse hacia la calle (Brunieri Regis, 2009: 30).

Por lo general, se emplazaba en el *andrón*, un cuarto para el hombre que era el más amplio y suntuoso de la casa y se encontraba aislado del resto de la vivienda. Entonces el anfitrión tenía la oportunidad de exhibir sus riquezas y refinados gustos a través de la elección de comida, música, invitados, así como de los juegos y espectáculos. Los participantes se acomodaban en *triclinia* (sofás), cuyo número usualmente variaba entre los siete y once, aunque podían llegar a los quince. Por lo tanto, el número de hombres oscilaba entre los catorce y veintidós. Picazo además relata que era un momento para relacionarse y establecer lazos de *filia*, así como para el placer sexual al lado de prostitutas. Era una manera de construir redes

⁵ El consumo del vino estaba reglado para que fuese moderado, una de las reglas es que debía mezclarse con agua, pues beberlo en estado puro se consideraba una costumbre bárbara. El desarrollo correcto de la celebración era un signo de civilización para los griegos (Brunieri Regis, 2009: 31).

sociales o políticas entre las élites, lo cual se conocía como *heterias*, traducido como “asociaciones de compañeros”. Estas *heterias* parece que fueron en ciertos momentos un foco de conflicto para el orden establecido (Picazo, 2008: 129- 131).

A partir del periodo arcaico el *symposium* se convierte en un acto de importancia primordial en la vida civil de las ciudades. Recibe marcadas influencias del extranjero, especialmente del Próximo Oriente. De hecho, la práctica de recostarse sobre *triclinia*, que aparece tantas veces representada en la cerámica es una costumbre recibida de la población oriental (Brunieri Regis, 2009: 30). A partir del siglo V a. C. el simposio fue habitual también entre el resto de clases sociales (Picazo, 2008: 129- 131).

Puesto que el comportamiento conveniente para una mujer respetable y perteneciente a la esfera “privada” se describe a través de términos como el silencio, la sumisión, la reclusión o la obediencia hacia los hombres, la mujer que no encajaba en ese modelo era considerada como una mujer pública. El *symposium* era ocupado por este último grupo de mujeres, mientras que las esposas y resto de ciudadanas pertenecientes a dignas familias tenían vetada su participación en dicha ocasión. En las imágenes sobre cerámicas las esposas se representan siempre en espacios interiores, vinculados al ámbito doméstico privado, mientras que los banquetes son el espacio de las prostitutas, cortesanas y esclavas. Por tanto, la esfera de la mujer pública es más extensa que la de la mujer respetable, ya que engloba heterogéneas profesiones, ocupaciones y condiciones sociales. En este sentido Lisístrata, protagonista de la comedia de Aristófanes contradice este orden social establecido, pues saca a la dimensión pública la sexualidad de mujeres casadas pertenecientes al ámbito privado (Brunieri Regis, 2009: 73).

5.4. Lugares para el negocio

La prostitución prosperaba en las diferentes ciudades griegas desde la época arcaica, especialmente en las situadas cerca de la costa, donde ejercían numerosas cortesanas (Pomeroy, 1987: 107). Encontrar sexo fuera del matrimonio era fácil para un griego de la época clásica: dentro de su propio *oikos* sus esclavas debían complacerlo si este lo solicitaba; fuera de su casa y remunerado, el más barato lo encontraban en alguno de los burdeles distribuidos por Atenas y ocupados por lo general por esclavas (Picazo, 2008: 131)

Destacaba el Puerto del Pireo⁶, un lugar frecuentado por marineros, gentes impúdicas, extranjeros, jugadores, etcétera, en el que no podían faltar las que sobrevivían a través de su cuerpo, hecho este mismo por lo que era famoso. Sin embargo, las que conseguían atesorar riqueza suficiente preferían vivir en el demo del Cerámico⁷ (*Kerameikos*), en Atenas. Se trataba de un suburbio que recorría la muralla y se extendía a ambos lados de esta, desde la puerta Dypilón hasta la puerta del Cerámico. Albergaba el barrio de los alfareros, el jardín de la Academia y las sepulturas de los soldados muertos en batalla.⁸ Existía la costumbre de que el pretendiente de una hetera escribiese su nombre en la pared del Cerámico junto a todo tipo de calificativos y halagos, si estas estaban interesadas en la oferta esperaban en el muro a que el pretendiente les hiciese su oferta, y decidían finalmente si le aceptaban como cliente o no. Con el tiempo, las prostitutas más humildes, que subsistían en las proximidades de Atenas, como en el puerto de Pireo, el puerto del Faléreo o el arrabal de Estiron, intentaron llegar, o acercarse, al Cerámico, a sabiendas de que por allí se movían los clientes más acaudalados. Con esto, las hetairas más caras y acomodadas se fueron adentrando cada vez más en la ciudad (Dufour, 1999: 88-89).

En el barrio del Cerámico se descubrió un edificio (Edificio Z3)⁹ que ha sido considerado como un prostíbulo por su tamaño y por contener numerosas habitaciones en las cuales se hallaron restos de cerámicas tales como las que se utilizaban en los simposios, además de diferentes objetos vinculados al culto de Afrodita. Se piensa que en la construcción vivieron y ejercieron mujeres naturales de Anatolia, Tracia y Siria, pues han aparecido estatuillas que servían para la veneración de diosas que no eran griegas, y que con toda probabilidad se trataría de esclavas. También se encontraron en sus habitaciones pesas de telar que se han correlacionado con prostitutas representadas en vasos áticos que aparecen tejiendo y recibiendo sacos de monedas de algún hombre. (Picazo, 2008: 132).

El edificio Z3 se encuentra en el margen noroccidental dentro del recinto ateniense y adherido a su muralla, cerca de la puerta Dipylon y la puerta Sagrada. Fue estudiado por los arqueólogos griegos a partir de 1870 y desde 1975 por un equipo alemán con Ursula Knigge a la cabeza. Fue reconstruido a mediados del siglo IV a. C y se mantuvo en uso hasta finales del

⁶ Ver anexo: Fig. 4.

⁷ Ver anexo: Figuras 5, 6 y 7.

⁸ En este barrio los artesanos elaboraban la célebre cerámica ática vendida por todo el Mediterráneo en el periodo clásico (Picazo, 2008: 131-132)

⁹ Ver anexo: Figuras 8 y 9.

siglo IV a. C, cuando un terremoto lo destruyó definitivamente. Parece que ocupaba unos 300 m² distribuidos en una sola planta. El techo inclinado conducía el agua de lluvia hacia tres cisternas subterráneas que estaban conectadas entre sí bajo tierra. La puerta principal se encontraba en la esquina noreste y daba a un patio grande. La mayor parte de las habitaciones presentaban paredes decoradas con estuco rojo y la más amplia estaba embellecida con coloridos mosaicos. Al sureste se encontraba otra entrada que conducía a un patio de menor tamaño desde el que se podía acceder a cuartos más pequeños. Las estatuillas de diosas y las figuras sobre amuletos¹⁰ evocan lo erótico y femenino. Por su parte, las pesas de telar, las cisternas y la cercanía de un canal (Eridanos) constatan para los arqueólogos la presencia de un taller textil en cada habitación, por lo que se trataría de una fábrica textil, en cuyo interior se debió llevar a término un trabajo sistemático producido por esclavas. Las cerámicas del tipo a las utilizadas en los simposios sugieren que el lugar era utilizado además como una posada o taberna. Por otro lado, en las dedicatorias de las ofrendas y en los registros de manumisión, el trabajo de la lana y el sexual estaban manifiestamente vinculados. Con todo ello los historiadores conjeturan sobre la posibilidad de que se tratase de un lugar que hacía las veces de prostíbulo y de fábrica (Sebillotte, 2013: 219-226).

5.5. Condiciones de vida de las prostitutas: algunas libertades, pero muchos inconvenientes

Ya hemos visto cómo algunas de estas prostitutas podían conseguir cierta independencia económica respaldada por los ingresos conseguidos de su trabajo, llegando a disfrutar de vivienda, criadas y lujos, como parece el caso de la ya mencionada Teodota, retratada en las *Memorables* de Jenofonte (Mossé, 2001: 73). Posiblemente ninguna otra ciudadana ateniense de época clásica llegó a detentar un dominio libre y autónomo sobre grandes sumas de dinero, como pudieron hacerlo algunas de estas *heteras* (Pomeroy, 1987: 110). Por otro lado, debemos tener en cuenta que la capacidad jurídica y de herencia de las metecas dependía de las leyes de su ciudad de origen.

Todas ellas tenían que estar registradas y pagaban un impuesto anual llamado *Pornicontelos*, que llegó a ser muy beneficioso para el tesoro público. A través de este las cortesanas tenían derecho al respeto y seguridad pública. Las que eran esclavas podían llegar a

¹⁰ Ver anexo: Figura 10.

alcanzar la libertad, normalmente gracias al crédito de alguno de sus clientes, de manera que se convertían en prostitutas libres (Pomeroy, 1987: 107; Dufour, 1999: 87).

Es interesante el hecho de que las cortesanas pudieran moverse en algunos ambientes restringidos al común de las mujeres. Como ya se mencionaba antes podían acompañar a sus amantes en las veladas y festines y además de esto invitar a su vivienda a quienes quisieran. Algunas de ellas, movidas por las circunstancias, habían viajado y vivido en diferentes ciudades. Según el acusador de Neera, esta había vivido en el Peloponeso, Tesalia y Jonia antes de llegar a Atenas (Mossé, 2001: 81). Esta libertad de movimiento frente a la ateniense recluida en su hogar, les pudo dar cierta ventaja en cuanto a experiencia se refiere, pues podían, entre otras cosas, escuchar las conversaciones acerca de política, filosofía u otros asuntos que trataban los hombres en los simposios y tomar parte activa de estas. Sin embargo, debemos hacer diferenciaciones en cuanto a la situación de una mujer adinerada a una pobre. Mientras que lo ideal para la esposa de un hombre pudiente era que se mantuviera en el interior del hogar, mujeres humildes y extranjeras circulaban relajadamente por la ciudad (Pomeroy, 1987: 115). Estas mujeres no podían cumplir con estos ideales masculinos acerca de la castidad de las mujeres y tenían que trabajar fuera del hogar, o, si no tenían esclavas salir a comprar o a por agua a la fuente, entre otras ocupaciones.

Algunas *heteras* de lujo podían permitirse elegir entre sus pretendientes a aquellos que más las interesasen y rechazar a otros. En *Cartas de cortesanas*, de Alcifrón, una *hetera* de nombre Tais recrimina a uno de sus amantes porque ya no va a verla, y le escribe diciendo: “En aquella ocasión yo no accedí a tener trato con él, porque prefería dormir, teniéndote entre mis brazos, mejor que el oro de todos los filósofos juntos” (Alcifrón, *Cartas*, IV, 7, 3). Por lo que esta Tais, de Alcifrón podía permitirse económicamente esta elección de un amante que la interesaba más que otro.

Sin embargo, la suerte de la prostituta dependía de si esta encontraba un buen protector o amante. De no ser así tenía una vida más incierta y arriesgada. En las *Memorables*, Jenofonte describe como Sócrates, al entrar en casa de Teodota, “advirtió que ella estaba suntuosamente vestida, y su madre, a su lado, llevaba finos vestidos y joyería; y que ella tenía muchas doncellas monísimas, que también estaban bien arregladas, y que su casa estaba profusamente adornada y provista”. Entonces, al ver su alto nivel de vida, le pregunta de dónde saca esas riquezas. Ella le responde: “Yo vivo de la generosidad de cualquier amigo que elijo” (Jenofonte, *Memorias*,

III, 11). De manera, que Teodota vivía independientemente, y aunque la casa no sabemos si era de su propiedad, disfrutaba de ella. Sin embargo, también se demuestra que su sustento dependía totalmente de la suerte de encontrar a alguien que quisiera mantenerla. Esta suerte también se observa en *Cartas* de Alcifrón, cuando una prostituta de nombre Pétale recrimina a uno de sus amantes porque no le paga por sus servicios como debe, mientras que este llora para que siga dándole sus favores:

Me gustaría que la casa de una cortesana se pudiera mantener con lágrimas [...]. Vamos, ¿lloras? Pues ya dejarás de llorar dentro de poco. Yo, en cambio, me moriré de hambre tan santamente, si no existe un tipo que me mantenga con sus obsequios.” (Alcifrón, *Cartas*, IV, 9, 1-3)

Sus hijos no serían reconocidos nunca, por su doble condición de extranjeras y prostitutas. Esto lo vemos en el *Discurso contra Neera*, en el cual se acusa a la hija de esta de no ser ciudadana ateniense porque Neera es extranjera. Y aunque Neera consiguió sustentar a tres hijos, por lo general las prostitutas parece que recurrieron más al infanticidio que el resto de mujeres. Por otro lado, preferían tener hijas, al contrario que la preferencia social habitual, pues estas podían relevarlas en el oficio. Incluso algunas debieron hacer de alcahuetas comprando esclavas o acogiendo a niñas abandonadas. De esta manera se protegían a sí mismas en malas épocas o cuando envejecían (Pomeroy, 1987: 110).

En cuanto a leyes se refiere, sobre las *heteras* recaían las del Areópago, mientras que las *aulétridas* y las *dicteriadas* solían ser juzgadas en tribunales ordinarios. La mayor parte de las prostitutas libres eran extranjeras, y aunque hubieran sido ciudadanas atenienses de cuna, esta condición explicitada las despojaría de todo derecho de ciudadanía. A las prostitutas les estaba prohibido salir del territorio de la *polis* sin una autorización expedida por los arcontes, que entregaban solo con la condición de regreso. Parece que las *dicteriadas* no podían salir a comprar o ejercer su profesión hasta después del atardecer en la ciudad, pero sí extramuros o en el Pireo. Tampoco les estaba permitido estar dentro de la ciudad pasada determinada hora. Otra prohibición era la de no poder cometer actos impuros en las cercanías de las casas de los ciudadanos respetables (Dufour, 1999: 86-87).

5.6. Mujer y cortesana desde los ojos de los hombres griegos

La visión que se tiene de las prostitutas en la antigua Grecia es por lo general negativa. Aquellos que escriben sobre ellas son casi siempre hombres y reproducen los estereotipos de la

doble moral sexual y la imaginería despreciativa de la “mala mujer” propias del equilibrio de género de la época. La hetera sería una mujer a la que solo le interesan los beneficios económicos que pueda sacar de sus clientes. Movida por estos intereses puede ser capaz de recurrir a la magia, a las mentiras o al victimismo. En la carta de Mirrina a Nicipe, de Alcifrón, podemos observar esta percepción: Mirrina ha perdido a un amante que no la hace caso, pues parece enamorado de otra hetera de nombre Tétale y para ella “sería terrible esto: quedar privada de sus retribuciones y, además, ser un hazmerreir para Tétale.” Para conseguir que su cliente vuelva a ella hará lo que sea necesario sin importarle las consecuencias: “En verdad los filtros suelen ser de dudoso resultado y pueden llevar a la perdición. Poco me importa. Pues es preciso que él viva para mí o muera para Tétale” (Alcifrón, *Cartas*, IV, 10, 3-5). El uso de la magia es mencionado también en las *Memorables* cuando Sócrates aconseja a Teodota utilizar, entre otras artimañas, brebajes, filtros y sortilegios para atraer a los hombres, a lo que Teodota le contesta “Préstame tu sortilegio amoroso, para que pueda primeramente dirigirlo a ganarte a ti” (Jenofonte, *Memorias*, III, 11).

En torno a las *heteras* se construye un modelo de estatus femenino, como cortesanas de lujo, opuesto al de la esposa ideal: son percibidas por algunos autores como mujeres cultas, instruidas y distinguidas que se adaptan a los hombres importantes a quienes acompañan y serían más amadas que sus propias esposas. Este sería el modelo de *hetera* o *hetaira* que aparece en las obras de Luciano y Alcifrón (Brunieri Regis, 2009: 73).

Para algunos autores como Mossé o Pomeroy, Aspasia es un ejemplo de aquellas *heteras*. Se trataba de una meteca nacida en Mileto. Se hizo muy popular en el siglo V a. C., ya que fue concubina de Pericles y tuvo un hijo con él, el cual fue reconocido como legítimo a pesar de las leyes dictadas por el mismo político, que prohibían la ciudadanía a los hijos de extranjeras. Pomeroy escribía que Aspasia “empezó como *hetaira* y terminó como señora”. Mossé sostiene que Pericles llegó a repudiar a su esposa oficial para estar con Aspasia; por su parte Pomeroy recela de esta afirmación, ya que parece que la relación pudo empezar cinco años después del divorcio con su anterior mujer (Mossé, 2001: 71; Pomeroy, 1987: 108). El comediógrafo Aristófanes afirmaba que la guerra del Peloponeso se había iniciado a causa de los consejos que Pericles recibía de Aspasia (Pomeroy, 1987: 107-108). Por su parte, el comediante Eupolis, vituperó al hijo de Aspasia fruto de su unión con Pericles, diciendo de este, en su obra *Los demos*, que sería un hombre si no fuese porque era hijo de una mujer perdida

(Mossé, 2001: 72). En contra de estas consideraciones negativas, recitadas con toda seguridad para insultar a Pericles, unos siglos después, el historiador Plutarco, se muestra más benevolente y dice de ella que fue muy valorada por Pericles, debido a su gran inteligencia y habilidad para la política, y que después de la muerte de Pericles vivió con Lisicles, un humilde vendedor de ovejas que alcanzó un gran prestigio político gracias a su compañera (Pomeroy, 1987: 108).

Aspasia, fue acusada por los enemigos de su compañero, Pericles, de *hetera* y prostituta y es mencionada en las fuentes de la época por su influencia sobre el estratega. Aunque el hecho de que ejerciera la prostitución en algún momento de su vida no es por el momento constatable, lo que si podemos presumir es que detentó una gran influencia sobre los que la rodeaban y debió de ser una mujer culta y muy bien instruida en la retórica.

En otro orden de cosas, a pesar de que las palabras dedicadas a las *heteras* en la antigüedad no eran por lo general amables, algunas consiguieron aprecio por parte de sus compañeros. Mientras que en *Cartas* de Alcifrón, Mirrina encarnaría a la cortesana tramposa, lianta y embaucadora, Báquide contrapone esta percepción generalizada y representaría a la *hetera* ideal. Su amiga Glícera escribe a Baquide y la alaba diciendo: “sé que tú eres de una condición más noble que tú género de vida” (Alcifrón, *Cartas*, IV, 2, 3). Y cuando Baquide muere, uno de sus amantes se lamenta escribiendo a un amigo: “Se ha marchado la hermosa Báquide, querido Euticles [...]. ¡Cuánta comprensión me mostró! No se equivocaría quien la considerase a ella como un prototipo ejemplar de la condición de cortesana.” Y posteriormente continúa hablando de la fama de las prostitutas, mientras venera a su difunta amante:

“Ciertamente, el rumor por todos propalado de que son malvadas, infieles, interesadas, pendientes siempre de quien les paga y causantes de males a los que las frecuentan quedaría probado como una injusta calumnia en lo que atañe a Báquide. Hasta tal punto ella quedó al margen de esta mala fama generalizada, gracias a su modo de ser [...]. Ella seducía a todo el mundo como si tuviera en su poder el cinturón mágico, por haber acogido a Afrodita en compañía de las Gracias [...].” (Alcifrón, *Cartas*, IV, 11, 3-7).

Esta fama se observa en más textos antiguos. En el *Banquete de los Eruditos*, su autor, Ateneo, transcribe un texto de Anáxilas que dice: “Ningún hombre que haya amado a una *hetera* alguna vez podría mencionar un linaje más malvado [...].” (Ateneo, *Banquete de los eruditos*, XIII, 558A).

Pero no solo las *heteras* recibían palabras desagradables de sus contemporáneos. Ya de por sí, lo propio de la conducta femenina para los griegos era la seducción y el engaño, una

persuasión que es temida y está directamente unida a las heteras y prostitutas, pues estas tenían fama de seductoras y, por lo tanto, de ser peligrosas, pero que también salpica al resto de mujeres (Rodríguez Adrados, 1995: 55). La misoginia se vio claramente en el dramaturgo Eurípides, que pone en boca de Hipólito las palabras que siguen: “¡Oh Júpiter! ¿Por qué dispusiste que las mujeres viesan la luz del sol, si son cebo engañoso para los hombres? [...] El que recibe en su hogar esta peste destructora, goza engalanando a una pésima estatua [...]” (Pomeroy, 1987: 126); y en *Lisístrata*, el corifeo de ancianos dice: “Ay...no hay hombre más sabio que el poeta Eurípides, porque no hay ninguna criatura que sea tan desvergonzada como las mujeres”, y posteriormente señala: “¡No hay ninguna fiera más indómita que una mujer, ni siquiera el fuego! ¡Ninguna pantera es tan descarada!” (Aristófanes, *Lisístrata*, III, 370; X, 1014). Así pues, para las esposas también se dirigían los insultos y agravios en la Grecia antigua. En el libro XIII del *Banquete de los Eruditos* de Ateneo encontramos numerosos ejemplos de ello, como cuando Ateneo reproduce las palabras de Eubulo, quien afirma: “¡Que muera de mala muerte el infame que fue el segundo en casarse con una mujer! En efecto, del primero no hablaré mal, pues, efectivamente, carecía de experiencia [...] Pero el segundo sí estaba enterado de qué clase de mal era una mujer.” (Ateneo, *Banquete de los eruditos*, XIII, 559B).

En este sentido, cabe destacar los estereotipos negativos que sobre la mujer fatal que se observan en la mitología griega, y que afectan a lo femenino con carácter general. La Esfinge o las sirenas son ejemplo de ello, construidas como mujeres peligrosas asociadas al erotismo. Las sirenas eran letales seductoras que habitaban en un lugar tan atractivo y peligroso como ellas. Se las puede encontrar en numerosas representaciones frente a un espejo, como signo de su extrema coquetería. Tal representación es habitual en los espejos de mano femeninos. También la Esfinge, raptora de vigorosos hombres, es representada en escenas altamente eróticas, en las que aparecen hombres jóvenes desnudos a los que la Esfinge atrapa (Iriarte, 2002: 54, 55, 78-82). Se las relaciona además con un saber sobrenatural y el encantamiento. La imagen de las prostitutas como mujeres peligrosas, extremadamente coquetas, encantadoras de hombres, como las sirenas, que además se asocian a poderes sobrenaturales y a la utilización de encantamientos, forma parte por tanto de la imagería negativa de género propia de la misoginia griega antigua.

6. Conclusiones

La mujer por lo general no tenía en la Grecia clásica ni voz ni voto sobre ninguna cuestión, y es difícil determinar si una *hetera* podría haber influenciado en mayor medida que una esposa en las decisiones tomadas por los hombres que la frecuentaban. Según algunos autores, el ser partícipes de los simposios, les daba la oportunidad de opinar acerca de los asuntos tratados en tal contexto. Es posible que algunas de ellas, que llegasen a construir una relación duradera con alguno de sus amantes, pudieran a lo largo de sus charlas influenciar a estos hombres. Sin embargo, para otros autores no eran más que otro elemento dentro del simposio como podía serlo el diván sobre el que se acomodaban los participantes, siendo toda su función la de complacer al hombre. Por su parte, las esposas también podían influenciar en sus maridos y su opinión, según Pomeroy, era respetada (Pomeroy, 1987: 110), como se observa en el juicio contra Neera cuando su acusador recuerda al jurado que tendrían que vérselas con sus esposas, hijas, y madres si declaraban inocente a una mujer de mala vida como Neera: “¿Qué podría decir cada uno de vosotros cuando vaya ante su mujer, hija o madre, después de que haya absuelto a ésta [...]?” Y después continúa diciendo: “Sin duda las más sensatas de las mujeres se indignarán con vosotros, porque juzgasteis justo que igual que ellas ésta participase de los derechos de la ciudad [...]” (Pseudo Demóstenes, *Contra Neera*, LIX, 110-111)

En cuanto al papel de la mujer ciudadana, su primordial deber era la procreación de hijos legítimos para el estado y, por lo tanto, su mayor ambición debía de ser el matrimonio. Porque, además, a través de esta institución, así como de la dote, la mujer casada era protegida por el estado y nunca quedaría a expensas de la suerte. Obviamente, la falta de recursos dificultaba el matrimonio y la forma de vida de las ciudadanas humildes. La prostituta no era protegida económicamente por las leyes, debía buscarse la vida para sobrevivir, y, además, tenía que pagar el impuesto del *pornikontelos*. En cuanto a los hijos, los de una prostituta libre nunca serían hijos legítimos ni ciudadanos de Atenas y tampoco podrían heredar; los de una esclava serían propiedad de sus dueños. Los hijos de una ateniense casada podían heredar y eran ciudadanos legales, por lo cual podían ocupar puestos públicos. Por otro lado, los hijos de un matrimonio ateniense eran propiedad del marido y, por tanto, quedaban bajo su responsabilidad, mientras que los hijos de una prostituta no estaban protegidos de modo alguno, y de ser niñas lo más posible es que acabaran dedicándose al mismo trabajo que su madre. Recordemos además que para la sociedad clásica *pornai* era un insulto porque la puta no podía aportar hijos legítimos al estado.

La mujer “privada” era custodiada siempre por un varón, mientras que la prostituta dependía económicamente del sustento de estos. La que no trabajaba para un proxeneta, tenía de cualquier modo que buscar clientes para su supervivencia. Algunas *heteras*, aunque dependían también de sus amantes, si tuvieron la suerte de conseguir a un rico hombre que se preocupara de ellas en exclusiva, pudieron vivir de manera acomodada y despreocupada. Sin embargo, no siempre la suerte estaba de su lado, y la mayor parte de ellas debían cuidarse de no perder los favores de alguno de estos amantes, cayendo en peor suerte. En *Diálogos de las cortesanas* de Luciano una madre aconseja a su hija cuidar a su amante, porque si lo pierden podrían pasar por una mala situación:

Madre: ¿Y tampoco compartiste su lecho, sino que, mientras él lloraba, estuviste además cantando? ¿No te das cuenta, hija mía, de que somos pobres? ¿No te acuerdas de cuánto hemos recibido de él, o de cómo habríamos pasado el último invierno si Afrodita no nos lo hubiera enviado?

Filina: ¿Y qué? ¿Por eso he de tolerar que me ultraje?

Madre: Encolerízate, eso sí; pero no correspondas a un ultraje con otro. ¿No sabes que los que aman, si sus sentimientos se ven ultrajados, dejan de amar y se hacen reproches a sí mismos? Tú siempre has sido muy áspera con él, y ten cuidado, no sea que, como el proverbio, por mucho estirar, rompamos la cuerdecita. (Luciano, *Diálogos de las cortesanas*, III)

En cuanto a si las prostitutas disfrutaban de un amor más grande por parte de sus amantes que el que estos procesaban hacia sus esposas, no parece muy claro, sino que más bien sería una cuestión de suerte. Los matrimonios se hacían por intereses económicos y de estatus, y podía surgir dentro de estos el *éros* y el *philia* o no. Igualmente, una *hetera* podía llegar a despertar tales sentimientos en algún amante, o podía no hacerlo y perder a sus amantes por otra *hetera* diferente. Tanto en *Diálogos de Cortesanas* como en las *Cartas* de Alcifrón podemos hacernos eco de tales circunstancias en varias ocasiones, cuando alguna *hetera* intenta hacer regresar a su amante a través de conjuros o brebajes.

Además, como señala Pomeroy, las mujeres casadas eran muy respetadas y valoradas dentro de la familia, como administradoras del *oikos* y cuidadoras de los hijos, lo cual se pone de manifiesto en relieves funerarios en los que se describe el dolor sufrido por toda la familia, por la muerte de la esposa (Pomeroy, 1987: 110). En *Lisístrata* se aprecia cuán indispensable era la madre en el cuidado de los hijos, cuando Cinesias le pide a su mujer que vuelva a casa, y le pregunta: “¿Pero a ti que te pasa? ¿No te da pena el niño que hace seis días que está sin lavar y sin mamar?”, y después continua, reprochándole que no está atendiendo su casa: “Y las cosas

que tenemos en casa, mías y tuyas, las abandonas de la peor manera posible. [...] ¿Poco te importa la lana que te están desperdigando las gallinas?” (Aristófanes, *Lisístrata*, IX, 880-895). Por el contrario, las *pornai*, relacionadas con la esfera pública, no estaban bien valoradas, mientras que algunas *heteras* parece que llegaron a alcanzar una consideración más elevada entre sus amantes y amigos, pero no respetabilidad social.

En cuanto a la sexualidad se refiere, se descubre en este punto, de manera extraordinaria aquel mundo clásico construido enteramente para los hombres. La frase en el discurso *Contra Neera* lo deja claro: “las heteras las tenemos por placer, las concubinas por el cuidado cotidiano del cuerpo, y las mujeres para procrear legítimamente y tener un fiel guardián de los bienes de casa” (Pseudo Demóstenes, *Contra Neera*, LIX, 122). Si los hombres no podían disfrutar del sexo dentro de su hogar por diferentes motivos, como un embarazo no deseado, porque no existiese *éros* o *philia* en el matrimonio etcétera, el hombre creó para su complacencia prostíbulos públicos legales, a los que se accedía fácilmente, donde las mujeres eran explotadas y difícilmente podían escapar de tal condición. Y también construyeron una forma de prostitución más refinada, con mujeres instruidas como las *aulétridas* y las heteras para dar gusto a los hombres de las élites y asociadas al ocio aristocrático.

En cuanto a la actitud deseable de la mujer hacia el hombre parece la misma para casadas y *heteras*. Las mayores virtudes para una esposa eran la castidad y la obediencia, pero para la hetera parecen ser las mismas, si quería mantener contentos a sus amantes debía ser sumisa y cariñosa. Amfis, un poeta cómico contemporáneo de Platón escribía: “Luego, ¿no es más afectuosa que una mujer casada una hetera? Mucho más, por cierto, y con toda razón. La una por ley permanece dentro, desdeñosa, mientras que la otra sabe que a un hombre hay que compararlo con los modales, o hay que marcharse en busca de otro.” (Ateneo, *Banquete de los eruditos*, XIII, 559B)

Por último, en lo que se refiere a la libertad de movimiento, aunque el ideal de la mujer de una familia noble era que no se moviera de su *gineceo*, vemos como gran parte de las mujeres corrientes no podían cumplir tal ideal. Debían salir a las calles para vender sus productos, comprar, hacer recados, etcétera, por lo que no solo las prostitutas ocupaban las calles.

Las condiciones de las *pornai* no resultan en modo alguno atractivas: solo observar las palabras que utilizaban para designar su trabajo en las calles evidencia que su situación era

desgraciada, “mujeres del puente”, “corredora”, “caminante” o “la que recorre las calles” (Picazo, 2008: 132). En cuanto a las *heteras*, aunque algunas son descritas de forma idealizada y unas pocas pudieron vivir bien gracias a algún amante pudiente, no parece que esto fuera lo generalizado, sino que la mayor parte debían ingeniárselas para seguir sobreviviendo. Llegar a ser una *hetera* bien mantenida era una cuestión de azar. Después, si conseguían tal fortuna, conservarla era un tema también delicado, llegada a la vejez, la manera que más aparece en los textos antiguos para seguir subsistiendo es la continuación en la prostitución de alguna de sus hijas o haciendo de alcahuetas de jóvenes prostitutas. La esposa, por su lado, tenía asegurada su manutención y podía dormir más tranquila, pero estaba subordinada jurídicamente de por vida a una figura masculina, a la cual debía supeditar su criterio propio en todos los aspectos de su vida.

7. Bibliografía

- Alcifrón (Éd. 1988): *Cartas de pescadores, campesinos, parásitos y cortesanas* (trad. y notas Elisa Ruiz García). Madrid: Biblioteca clásica de Gredos.
- Aristófanes (Éd. 2012): *Lisístrata* (trad. y notas Elena Gallardo Paúls). Valencia: Tilde.
- Ateneo (Éd. 2014): *Banquete de los eruditos, libros XI-XIII* (trad. y notas Lucía Rodríguez-Noriega Guillén). Madrid: Biblioteca clásica de Gredos.
- Brunieri Regis, M^a Fernanda (2009): “Sobre os sympósia”. *Revista do museu de Arqueologia e etnología. Universidade de Sao Paulo*. Suplemento 9, pp. 29-69
- Brunieri Regis, M^a Fernanda (2009): “Olhares e interpretações sobre as mulheres no mundo grego”. *Revista do museu de Arqueologia e etnología. Universidade de Sao Paulo*. Suplemento 9, pp. 71-82
- Celdrán Gomariz, Pancrácio (2001): *El amor y la vida material en la Grecia Clásica*. Madrid: Ediciones Clásicas.
- Cortés Gabaudán, Francisco (2017): “¿Seducción o prostitución? Lisias, Defensa por el homicidio de Eratóstenes”. *Emerita, revista de lingüística y filología clásica*. LXXXV 1, pp. 27-48.
- Del Val Valdivieso, M^a Isabel (2004): “A modo de introducción. La historia en los albores del s.XXI”. En M. Del Val Valdivieso *et al* (coord.), *La historia de las mujeres: una revisión historiográfica*. Valladolid: universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, pp. 11-27.
- Demóstenes (Éd. 1983): “Contra Neera”. En *Discursos privados II* (trad. y notas José Manuel Colubi Falcó). Madrid: Biblioteca clásica de Gredos, pp. 281-326
- Dufour, Pierre (1999): *La prostitución en la Antigüedad. En las primeras civilizaciones, en Babilonia, en Fenicia, en el Antiguo Egipto, en el Antiguo Testamento y en la Grecia Clásica*. Donostia: Roger.
- Flaceliere, Robert (1993): “Las mujeres, el matrimonio y la familia”. En *La vida cotidiana en Grecia en el siglo de Pericles*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy, pp.77-105

- Hazel. John (2002): *Quién es quién en la Antigua Grecia*. Madrid: Archivos acento.
- Hernández Sandoica, Elena (2004): “Historia, historia de las mujeres e historia de las relaciones de género”. En M. Del Val Valdivieso *et al* (coord.), *La historia de las mujeres: una revisión historiográfica*. Valladolid: universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, pp. 29-55.
- Iriarte Goñi, Ana (2002): *De amazonas a ciudadanos, pretexto ginecocrático y patriarcado en la Grecia antigua*. Madrid: Akal.
- Jenofonte (Ed. 1967): *Memorias* (trad. y notas Francisco de P. Samaranch). Madrid: Aguilar.
- Lisias (Ed. 1992): “Defensa de la muerte de Eratóstenes”. En *Discursos, I-XII* (trad. y notas Manuel Fernández-Galiano). Madrid: CSIC, pp. 8-24.
- Luciano (Ed. 1972): *Diálogos de las cortesanas* (trad. y notas Francisco García Yagüe). Madrid: Aguilar.
- Mossé, Claude (2001): *La mujer en la Grecia Clásica*. Guipúzcoa: Nerea.
- Picazo, Marina (2008): *Alguien se acordará de nosotras*. Barcelona: Bellaterra.
- Pomeroy, Sarah (1987): *Diosas, ramerías, esposas y esclavas. Mujeres en la Antigüedad Clásica*. Madrid: Akal.
- Ramos Palomo, María Dolores. *Historia de las mujeres y género. Una mirada a la época contemporánea*. Revista de Historiografía, 22. Editada por el Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja. Universidad Carlos III de Madrid. Disponible en <https://e-revistas.uc3m.es/index.php/REVHISTO/article/view/2652/1452>, consultado el 29 de mayo de 2018.
- Rodríguez Adrados, Francisco (1995): *Sociedad, amor y poesía en la Grecia antigua*. Madrid: Alianza Universal.
- Sebillotte Cuchet, Violaine (2013): *Women as wool-workers and sex-workers in Athens (fourth century BCE)*. *Clio (Online)*, 38, 2013. Disponible en <http://journals.openedition.org/cliowgh/310>, consultado el 15 de mayo de 2018.

8. Apéndice gráfico



Fig. 1. Pintura sobre copa. Pintor de Gales. *Ca.* 510-500 a. C. (Yale University Art Gallery, New Haven). Pareja semidesnuda en escena erótica sobre diván. En Pizaco, 2008: 120.

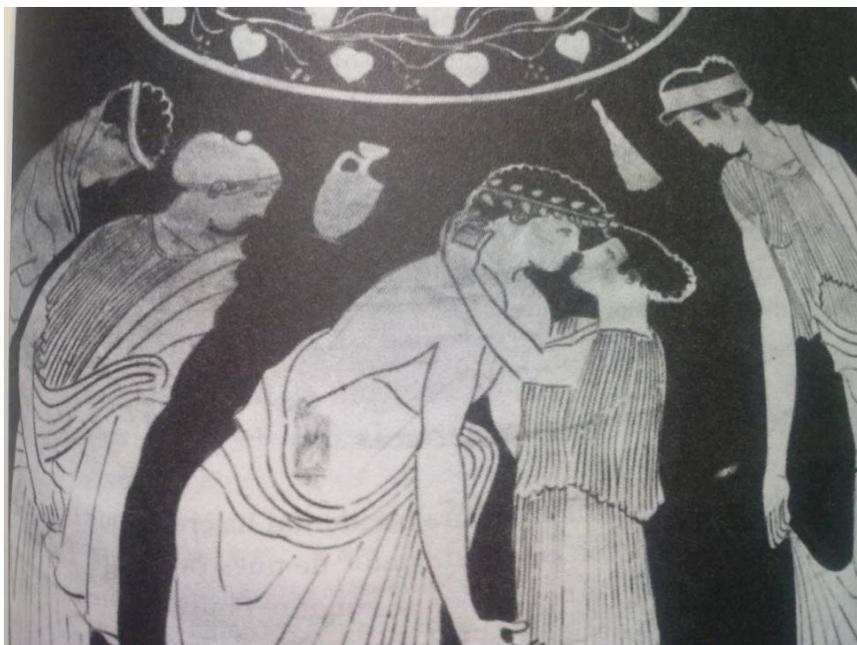


Fig. 2: Pintura sobre hidria. Pintor de Leningrado. *Ca.* 480-450 a.C. (Art Institute of Chicago). En Pizaco, 2008: 12



Fig. 3. Pintura roja sobre copa para beber. Nicóstenes. Finales del periodo Arcaico. (British Museum, Londres). Presenta una mujer utilizando dos consoladores con forma de falo. (Pomeroy. 1987: 256). Disponible en <https://sentado-frente-al-mundo.blogspot.com/2012/01/la-masturbacion-traves-de-la-historia.html>

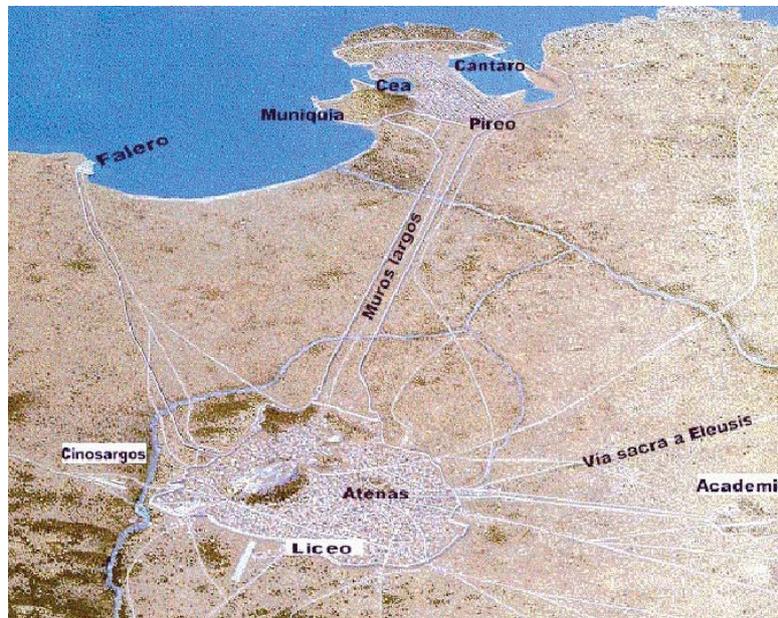


Fig. 4. Situación de los puertos en mapa. Disponible en <https://image.slidesharecdn.com/14atenasclsicafinal-091129125130-phpapp02/95/atenas-clasica-37-728.jpg?cb=1259499824>

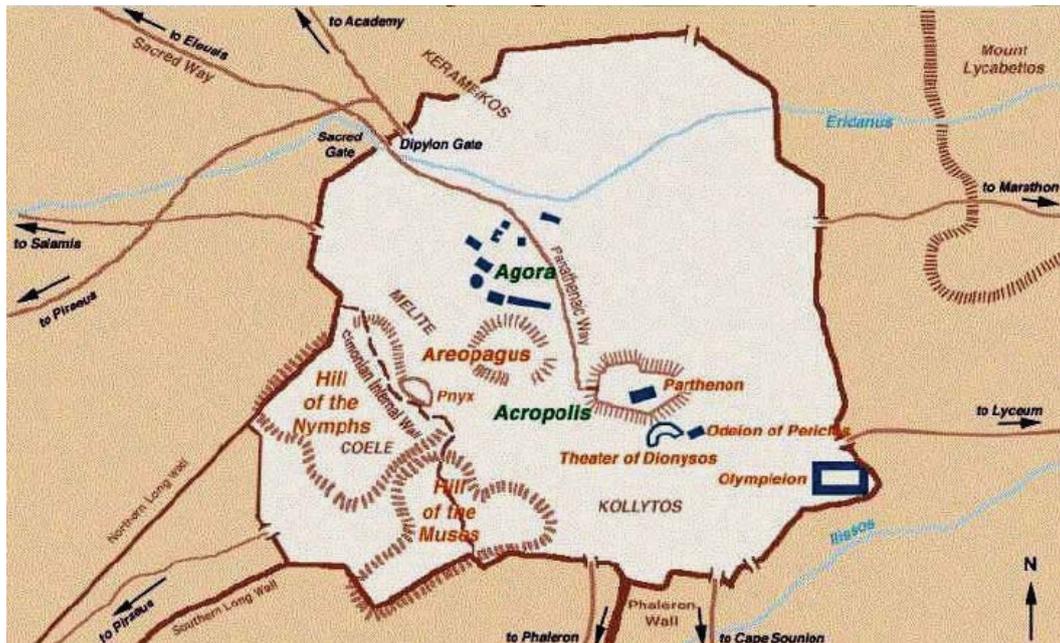


Fig. 5. Situación del Barrio del Cerámico. Disponible en <https://image.slidesharecdn.com/14atenasclasicafinal-091129125130-phpapp02/95/atenas-clasica-3-728.jpg?cb=1259499824>



Fig. 6 Fotografía del Cerámico http://odysseus.culture.gr/java/image?foto_id=18899&size=11



Fig. 7. Fotografía del Cerámico. <https://image.slidesharecdn.com/atenas-090519055937-phpapp02/95/atenas-33-728.jpg?cb=1242712872>

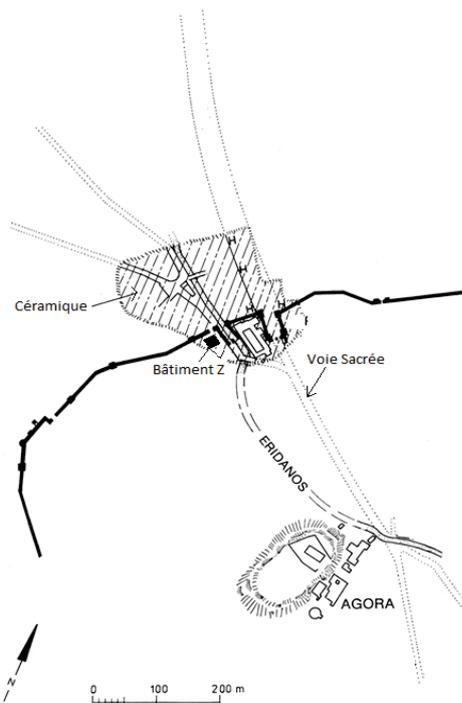


Fig. 8. Situación Edificio Z en el Cerámico: <https://journals.openedition.org/cliowgh/310>

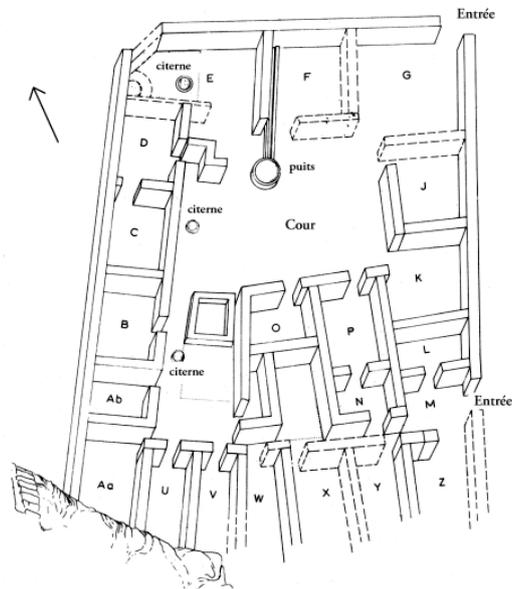


Fig. 9. Plano del edificio Z-3: <https://journals.openedition.org/cliowgh/310>



Fig. 10. Medalla descubierta en la habitación k del edificio Z-3. Se piensa que se trata de una representación de afrodita montada sobre una cabra por un cielo estrellado. Delante aparece la estrella de la mañana Phosphoros y detrás un Eros y una paloma siguen a la diosa.

